



**Palabras finales del Dr. Daniel Fainstein  
en la investidura de los Doctorados *Honoris Causa* al  
Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., y al Lic. Marcos Metta Cohen**

**20 de abril de 2026**

**Universidad Hebreaica**

En Idish, estoy hablando hace 80 años, decían: Antes comenzar a hablar, voy a decir unas palabras. En este sentido, quiero aclarar algo que me parece importante. Con los dos homenajeados no hemos coordinado. Realmente no sabía lo que iban a decir, ni ellos ni yo, pero hay una sintonía espiritual, intelectual, tan poderosa, que ustedes la notarán a continuación. Así que no es plagio, es simplemente esa combinación que ocurre cuando seres humanos tienen ciertas sensibilidades espirituales y culturales. Esta hora exige grandeza moral y audacia espiritual. Con estas palabras concluía el telegrama que el rabino y teólogo Abraham Joshua Heschel, el rabino de mi rabino le envió al presidente John Kennedy el 20 de junio de 1963. El contexto no era menor, una invitación a la Casa Blanca, a líderes del movimiento por los derechos civiles. Heschel respondió con una exigencia que desbordaba la retórica protocolaria. No pedía discursos pulidos ni gestos simbólicos. Reclamaba algo más difícil y por ello más verdadero. Actuar con grandeza moral y audacia espiritual. Hoy esas palabras resuenan con una vigencia inquietante.

¿Qué vínculo puede trazarse entre aquel telegrama enviado hace más de medio siglo y esta ceremonia en la que honramos a dos distinguidos líderes con el grado de doctorado, honor y causa, la más alta distinción que una universidad puede otorgar? En el doctorado tradicional se reconoce la excelencia académica, la producción de conocimientos, la rigurosidad de la investigación, la capacidad de enseñar y transmitir un campo del saber. El Doctorado *Honoris Causa*, en cambio, desplaza el eje: se celebran vidas, se reconoce una contribución significativa a la sociedad, una trayectoria marcada por la entrega y una ejemplaridad que trasciende disciplinas y credenciales. En términos de Emmanuel Levinas, podríamos decir que aquí no se trata solo del conocimiento, sino de la subordinación ética al rostro del otro, no del saber como saber mismo, sino del saber que se deja interpelar por la responsabilidad y el amor. Hoy celebramos la vida de dos grandes personas. El padre, el doctor Cipriano Sánchez García, desde su larga trayectoria en la educación, la vida universitaria y la formación espiritual, y al licenciado Marcos Metta Cohen, desde el mundo empresarial, el liderazgo comunitario y la filantropía.

¿Qué tienen en común estas dos personas? El servicio a los demás. En una época signada por el individualismo extremo, ambos provienen y encarnan tradiciones que colocan en el centro a la familia, como lo escuchamos, la comunidad y el bien común. Si recurrimos a una imagen bíblica, lo que en nuestro tiempo se necesita no son nuevas profecías de diluvio, sino constructores de arcas, hombres y mujeres capaces de preservar lo valioso en medio de un torbellino de odio, incertidumbre y tecnologías tan disruptivas como a veces incontrolables. El padre Cipriano y el licenciado Meta son cada uno, a su modo, constructores de estas arcas. Cuando los discursos antisemitas logran permear espacios académicos y redes sociales, el padre Cipriano ha trabajado para que los estudiantes judíos de la Universidad Anáhuac, nuestros queridos vecinos, se sientan seguros, reconocidos y miembros plenos de la comunidad universitaria. No es una tarea obvia ni sencilla en un contexto donde nuevas narrativas a menudo disfrazadas de crítica legítima derivan en formas renovadas de demonización y exclusión. Promover un ambiente académico que respete la diversidad y el desarrollo personal no es una tarea fácil.

El licenciado Marcos Metta, por su parte, ha encarnado un liderazgo judío global que no teme cuestionar el *statu quo*. Desde su activismo estudiantil a favor de los derechos de los judíos de la Unión Soviética, su activismo en la comunidad Monte Sinaí, el Movimiento Maccabi Mundial y todo lo que ya se ha mencionado, así como su apoyo a iniciativas inclusivas e innovadoras para jóvenes y adultos y su impulso a proyectos de investigación aplicada, su trayectoria expresa una voluntad constante de renovar y enriquecer la experiencia de ser judío en el siglo XXI, en una Europa desgarrada por guerras, revoluciones, crisis económicas, polarizaciones políticas y desesperación. Y estoy tentado a decir, como en algunas películas, cualquier coincidencia con la actualidad es pura casualidad.

El ya mencionado filósofo Martin Buber escribió en 1923 un pequeño volumen que se ha convertido en un clásico en las humanidades y en las ciencias sociales, *Yo y tú*. En esta obra, Buber plantea una serie de ideas que configuran una filosofía dialógica que desafiaba a las corrientes convencionales como el positivismo lógico, el individualismo, el existencialismo ateo o el individualismo radical. El centro de la condición humana se revela en las relaciones interpersonales. Por eso afirma Buber, como ya fue mencionado, y no es plagio: Toda vida verdadera es encuentro. Este es un momento de encuentro, en mi opinión, de encuentro entre personas diversas que creen en la hermandad del género humano como creados a imagen y semejanza de Dios. Este es un encuentro entre judíos y cristianos, siguiendo y traduciendo en hechos las enseñanzas de los documentos ya mencionados por el padre como nuestro *tate o baru emet* del lado judío, que nos impulsan a un diálogo que no sea simplemente diplomático o utilitario, sino que esté basado en nuestra propia esencia como comunidades hermanadas de fe. Este es un encuentro entre personas que valoran el *tikún olam*, la mejora del mundo. Y esta tarea no puede realizarse en soledad, requiere de los otros. Nos toca vivir y activar en una verdadera encrucijada de la humanidad. Un ejemplo es lo que ocurre en estas dos semanas en el calendario judaico, que parece una montaña rusa de emociones y de sensaciones. La semana pasada recordamos el Día del Holocausto (Yom Hashoá), hoy Yom Hazikaron, mañana Yom Hatzmaut, día la independencia, con emociones tan diversas de dolor, de sufrimiento, de recuerdo, de celebración, y es el momento y el mundo en que nos toca vivir, queramos o no, como tal.

¿Qué es grandeza moral? Grandeza moral implica ante todo la capacidad también de rectificar y transformarse, lo que nuestras tradiciones se llaman por un lado metanoia o teshuvá en el caso judío, que implica también sostener en una tensión fecunda din be jessed, justicia y misericordia, cuya combinación dignifica la condición humana. En una era atravesada por un utilitarismo que amenaza con vaciar el sentido de la educación, la Universidad Hebrea sigue afirmando el valor de las humanidades, de las tradiciones religiosas y de la memoria cultural. Los desafíos son inmensos. En México, toda América Latina, el mundo en general, Israel, no hay lugar donde no, nos resistimos a aceptar que la fuerza bruta, el poder sin control o la prepotencia definan el rumbo del nuevo orden internacional. Como nos enseña el salmista: sor mera vease tov, baksh shlum veradpehu, apártate del mal y haz el bien, usca la paz y persíguela. Rechazamos un utilitarismo amenazante, deshumanizante y un culto ciego, un progreso desbocado y excluyente. Nos preocupa la degradación del medioambiente, nuestra casa común, la maravillosa creación de la cual somos custodios, pero no dueños. Nos afecta la injusticia social y la evanescencia de la empatía humana. Vivimos entre la tragedia y la redención, entre la desolación y la esperanza. El padre Cipriano y el licenciado Metta encarnan este principio que ya mencionó antes el licenciado Marcos cuando decía que no estás obligado cumplir toda la tarea, pero no puedes dejar de, por lo menos, iniciarla. De nosotros depende hacer lo propio.

¿Qué es audacia espiritual? Audacia espiritual, como lo mencionaba Heschel en este telegrama al presidente de los Estados Unidos, significa la capacidad de formular preguntas difíciles y necesarias. Significa atreverse ir en contra de la corriente con base a las convicciones más profundas. Significa intentar lo que los demás consideran imposible. La audacia espiritual consiste en tomar seriamente las enseñanzas más excelsas de nuestras tradiciones espirituales. Necesitamos revisar nuestras instituciones, interrogar nuestras ideas heredadas, depurar los dispositivos que organizan nuestra convivencia. Es preciso remover el óxido inevitable que se adhiere a toda estructura atravesada por las relaciones de poder y la convivencia. La audacia espiritual es comprender que continuidad no significa repetición mecánica, y preservar la memoria cultural e identidad no equivale a refugiarnos en la nostalgia evadiendo los desafíos del presente. Como dijo Abraham Joshua Heschel

hace 50 años y como lo encarnan nuestros homenajeados, esta es la hora para la grandeza moral y la audacia espiritual.

Gracias.

--ooOoo--